



PROGRAMA INTERUNIVERSITARIO de HISTORIA POLÍTICA

Programa Interuniversitario de Historia Política

Foros de Historia Política – Año 2019

www.historiapolitica.com

Comentarios al texto de Julia Risler: “Ganar la Guerra y Ganar la Paz”. La acción psicológica como estrategia de regulación de conductas, valores y actitudes durante la última dictadura argentina (1976-1983)

Ma. Alicia Divinzenso (ISHIR-CONICET/ UNR)

Julia Risler aborda en este trabajo una de las dimensiones menos exploradas por la historiografía sobre la última dictadura argentina: las iniciativas que procuraron obtener ciertos grados de apoyo o consenso al gobierno militar. Si bien las relaciones entre las FFAA y la sociedad civil es una línea de investigación que se ha desarrollado en las últimas décadas, lo cierto es que los principales desarrollos se han focalizado en los sectores dirigentes de la prensa, de la Iglesia y de los empresarios, abonando la discusión sobre las complicidades civiles y la posibilidad de su judicialización por la participación en los delitos de lesa humanidad. Pero también existe un consenso sobre que el golpe de 1976 contó con el apoyo y el consentimiento o, al menos, la pasividad de una buena parte de la población. En esta dirección, la investigación de Risler nos propone un conjunto de sugerentes hipótesis para volver a examinar las condiciones de posibilidad y las diferentes actitudes sociales, reforzando la necesidad de privilegiar el estudio de la “dimensión productiva” del último gobierno militar a través del análisis de su estrategia de acción psicológica.

El planteo es de singular importancia ya que busca poner en evidencia que a la par de las transformaciones que permitieron el ejercicio de la violencia sistemática, ilegal y

clandestina, el proyecto de “refundación Nacional” en clave autoritaria también implicó el diseño y la puesta en marcha de una estrategia de acción psicológica que funcionó de forma paralela, permanente y como complemento necesario y legitimante de la dimensión represiva. Uno de los principales aportes de la investigación es que la autora logra reconstruir los procedimientos, objetivos e instituciones específicos por los cuales se llevó adelante dicha estrategia, construyendo un entramado institucional donde participaron actores militares y civiles, públicos y privados. A través del control de la información difundida en los medios de comunicación, el conocimiento e intervención sobre la opinión pública por medio de la realización de sondeos y encuestas y -en base a la información recogida- la elaboración de propaganda, la acción psicológica buscó “ganar las mentes” de los ciudadanos inculcando comportamientos, actitudes y valores creando nuevas subjetividades acordes al proyecto autoritario.

Considerando que este artículo es una versión acotada de una investigación mayor, que Julia Risler analiza con rigurosidad y originalidad, me interesa destacar algunos temas o nudos problemáticos sobre los que se organiza el texto que pueden resultar estimulantes para abrir o repensar un conjunto de líneas o preguntas de investigación.

Es un acierto del texto inscribir los orígenes de la acción psicológica en la reorientación de las hipótesis de conflicto en el marco de la Guerra Fría y en el contexto de difusión de las doctrinas “contrainsurgentes” francesa y norteamericana. Efectivamente, los cambios operados en las formas de percibir las amenazas y la progresiva construcción de un “enemigo interno” habilitaron la adopción de las operaciones de acción psicológica como parte del funcionamiento regular de las unidades militares. Risler construye una genealogía de la incorporación y los fundamentos de dicha estrategia a partir del análisis de textos de doctrina y de su incorporación en los reglamentos militares previos a la última dictadura. Sin embargo, es necesario avanzar en estudios de caso situados buscando vislumbrar cuáles fueron sus especificidades durante la última dictadura. ¿La acción psicológica se transformó al integrarse a un plan diseñado a nivel nacional? Las experiencias previas ¿sirvieron como antecedentes o experiencia acumulada que se utilizó a la hora de construir estrategias desde el Estado?

Una observación similar puede realizarse a una de las principales y más interesantes contribuciones del texto. Risler reconstruye detalladamente el entramado de agencias estatales que intervinieron en el despliegue de la estrategia de acción psicológica durante la última dictadura. La autora establece niveles, funciones y cadenas de responsabilidad construyendo un argumento fuertemente convincente. Con todo, sería

provechoso seguir indagando acerca del funcionamiento concreto de dicha estructura que en la documentación oficial se presenta como coherente y eficaz. Las afirmaciones de esta investigación pueden estimular y a la vez nutrirse de los estudios sociales sobre el Estado. Esta línea de investigación ha demostrado que las agencias estatales son espacios que pueden abordarse reconstruyendo trayectorias, circulación de saberes, conexiones entre civiles y militares, mostrando tensiones y contradicciones entre agencias que permiten darle encarnadura a las prescripciones de la documentación. Por otra parte, merece destacarse la importancia otorgada a las agencias de inteligencia y de la “comunidad informativa” en acciones “no represivas”, aspecto poco estudiado que sería fructífero seguir explorando, así como la utilización de agencias de información y publicidad de carácter privado.

El análisis de la propaganda le permite identificar algunos tópicos de las estrategias discursivas que vertebraron al plan de acción psicológica, evidenciar coincidencias entre el discurso oficial y el de los actores o agencias privados, planteando un conjunto de sugerentes preguntas que sin duda serán estímulo para futuras investigaciones. El interés fundamental está puesto en reconstruir los sentidos que se articularon bajo la estrategia “Ganar la Guerra” como forma discursiva de legitimar la “lucha antisubversiva” y, a la vez, presentar a la dictadura como la vuelta al “orden” y a la “seguridad” en una nueva etapa que venía a poner fin a una época de violencia. La idea de que los medios de comunicación reforzaron una demanda social anterior de retorno a la seguridad merece seguir investigándose. Las investigaciones sobre el “Operativo Independencia” iniciado en 1975 han demostrado que la acción psicológica ocupó un rol destacado que se proyectó desde los medios de comunicación a todo el país. La difusión de las acciones militares en la provincia de Tucumán construyeron en términos discursivos un escenario de guerra, donde se magnificó la dimensión y la capacidad de fuego de las organizaciones guerrilleras y se mostró la capacidad operativa del Ejército para enfrentar eficazmente al enemigo, tópicos que Risler destaca para la estrategia “Ganar la Guerra” y nos invitan a pensar en una operación psicológica a nivel nacional anterior que puede haber contribuido a posicionar a las FF.AA. como garantes de la “vuelta al orden”.

En el apartado destinado a la “Ganar la Paz”, la autora destaca que los sentidos que se construyeron bajo esta estrategia estaban orientados en dos direcciones: por un lado, buscaban instalar un conjunto de valores asociado a la idea del “buen ciudadano” enfatizando la responsabilidad individual, desde los distintos lugares o roles asignados

como “adecuados” por el imaginario militar. Por el otro, en determinadas coyunturas se apeló a la construcción “nosotros” argentino llamado a movilizarse frente a los ataques externos y en defensa de la soberanía. La incorporación de la figura de un enemigo “externo” y de una guerra de carácter “convencional” nos invita a reflexionar sobre el peso interpretativo que la figura del “enemigo interno” ha tenido en los estudios sobre los militares en la historia reciente y específicamente en las estrategias de legitimación de las FF.AA. Sólo quisiera dejar señalado que las hipótesis de conflicto “tradicionales” siguieron operando, aunque por momentos subordinadas, dentro de la lógica militar y que tomar en cuenta esta dimensión quizás pueda resultar de utilidad para analizar la acción psicológica de la última dictadura. Si en las construcciones discursivas de la propaganda se articularon esos dos “enemigos”: ¿por qué en un momento se apela al “individuo responsable” y en otro al “nosotros argentino”? ¿Puede pensarse que la construcción de un enemigo “convencional y externo” es más eficiente porque presenta una figura concreta y palpable frente al “enemigo interno” que es difuso y opaco? ¿La figura del “enemigo interno” sirvió para generar consensos al proyecto represivo (y a la vez fomentar actitudes o conductas que contribuyeran a ese objetivo como delación, desconfianza, individualismo, etc.) pero no para garantizar cohesión social y el apoyo al régimen?

De la reconstrucción que plantea el texto se evidencia que la invocación a un “nosotros” en contraposición a un enemigo “externo” se realizó en coyunturas determinadas, en particular entre 1978-82. Esta afirmación nos remite al problema de la necesidad de subperiodizar a la última dictadura, evitando considerarla un bloque homogéneo. Durante esos años la estabilidad y la legitimidad del régimen militar estuvieron cuestionadas por las críticas en materia de derechos humanos, los efectos recesivos de las políticas económicas, los conflictos limítrofes con Chile y el incremento del discurso belicista en torno a Malvinas, en un momento donde la cohesión interna de las FF.AA. había empezado a quebrarse producto del fin de la “lucha contra la subversión” como objetivo aglutinador y discurso legitimador de sus prácticas. Detectar etapas o coyunturas críticas puede resultar de utilidad para explicar cómo las transformaciones en los objetivos y las prioridades del régimen tuvieron sus correlatos en el diseño de la acción psicológica.

La investigación de Julia Risler es un aporte sustantivo que permite cuestionar las dicotomías excluyentes entre civiles y militares y seguramente servirá de estímulo para el estudio su relación en períodos dictatoriales pero también democráticos.